

LA PRINCESA ESTÁ TRISTE...

Cae la tarde. El sol abandona la ciudad, recorre el campo fugitivamente y se precipita en una sima lejana... La livida luz de un cielo crepuscular destaca las negras siluetas de los árboles. Las sombras invaden paulatinamente la estancia. Junto á la vidriera del balcón hay una mujer, casi una niña, que en sus manos lánguidas tiene un libro entreabierto. Sus labios parecen musitar aún los versos de un madrigal. Sus bellos ojos, inmóviles, dejan la mirada errante por el ámbito del jardín.

La niña suspira melancólicamente y siente en su alma la inquietud de un

anhelo vago é indefinido. Si en aquel momento llegan á sus oídos las notas apasionadas de una sonatina, sus ojos vierten lágrimas de voluptuosidad.

Es la hora romántica en que tantas almas lloran, porque no pueden sentir la felicidad de un amor. Es la hora en que las niñas suspiran al ver en el cielo una estrella que pasa y las mujeres *recuerdan* al percibir el aroma de una flor que se mustia en un búcaro. Es la hora *cursi*, la que llaman *cursi* los hombres que aparentan fortaleza de espíritu y las mujeres que alardean de frivolidad...

La Princesa está triste... Pero el hada madrina, que sabe la causa de aquella pena, calma la inquietud de su pecho anunciando la llegada del feliz caballero que ha de encender sus labios en un beso de amor.

La niña está seria y pálida, igual que la Princesa; porque también en su alma siente florecer la vida con la bella ilusión de amar. Y vibran en sus labios las es-

trofas de la "sonatina", como vibran y han de vibrar eternamente armoniosas, en los labios de todas las niñas que miran con fijeza la lejanía azul, esperando que aparezca el gentil caballero soñado por ellas en sus rosados sueños de virgen...

El poeta nace para cantar el amor, y todas las inquietudes de su espíritu, ante el misterio de la Vida ó de la Muerte, sólo hallan eco en el cerebro de algunos hombres cultos. Si sus estrofas no han estremecido las fibras de un corazón, si el poeta no amó y expresó después con la música de sus versos el dolor ó el placer que sus nervios sufrieron ó gozaron, su labor poética es completamente inútil. Su nombre quedará registrado en la historia literaria de su país, y algún fragmento de sus poemas servirá para ejemplo en la Preceptiva declarada de texto en las escuelas de su patria; pero su obra no alcanzará la inmortalidad

verdadera, la que da la eterna vida de una canción que, á lo largo de los siglos, van repitiendo las generaciones de amantes con el prestigio de una áurea leyenda. Porque son las mujeres, encarnación de amor y de poesía, la fuente viva de la inmortalidad.

¿Dónde está la gloria de los poetas didácticos? ¿Quién recuerda y es capaz de recitar alguna estrofa del poema de Pacheco, ni aun del mismo Delille? ¿Dónde está la gloria de los poetas épicos si en sus cantos no han mezclado los episodios de amor? ¿Hay alguien que guarde en su memoria algún fragmento de *La Araucana*?

En cambio, son verdaderamente inmortales los poemas épicos donde se intercalan asuntos amorosos, y son éstos, precisamente, los que les dieron su inmortalidad.

Los poemas de Homero, sin los múltiples amores de sus héroes, tendrían únicamente un valor arqueológico. La per-

fidia amorosa de Elena, *la de los blancos brazos*, y la casta fidelidad de Penélope, les dieron vida perdurable. De *La Divina Comedia*, del Dante, sólo se recuerda el episodio del amor infernal de Paolo y Francesca, y en la *Jerusalem Libertada* sobresalen, vibrando incesantemente, los desesperados acentos de Arminda.

Sobre el fondo filosófico de Fausto, destaca el concepto poético de su amor por Margarita, y en *El Diablo Mundo* es la figura de Teresa quien ciñe en las sienes de Espronceda los laureles de la gloria.

Aunque renegara Zorrilla del enamorado Tenorio, el nimbo que aureola su frente de poeta no es más que un destello de aquella radiante apoteosis en que se funden las almas apasionadas de Don Juan y Doña Inés, purificadas por la bondad divina.

Las hondas preocupaciones de los poetas, que interrogan á la Esfinge tratando de descifrar el enigma de nuestro

destino, quedan olvidadas en las hojas impresas del libro. Sólo viven las páginas donde imprimieron sus huellas el dolor ó el placer de amar.

Los poetas que, como Campoamor, acertaron á expresar los diferentes estados psicológicos de la mujer, ó, como Bécquer, sufrieron las torturas de su desvío, son siempre inmortales.

Rubén Darío ha lamentado, en versos galantes, aparentemente frívolos, la crueldad amatoria de la marquesa Eulalia; ha soñado con la pobre Princesa de los ojos azules, y con ella ha sentido la dulce angustia de un anhelo amoroso y ha llorado tristemente al recordar la extinta alegría de aquella flor de histeria deshojada por la Muerte, como una margarita de amor.

Rubén Darío ha rimado sus canciones con lágrimas y suspiros de pechos amantes. Rubén Darío es inmortal.

Todos los días, á la hora *cursi* del

anochece, hay muchos seres que sienten invadida su alma por una tenue melancolía. En muchos labios florece una canción que, con bellas palabras de un poeta, expresa sus propios sentimientos. Como las plantas injertas, sus raíces dan la savia para que otras flores, más bellas que las suyas, expresen bellamente la vida que agita y conmueve las fibras de su ser.

Esas palabras, que en fuerza de repetirlas llegaron á ser vulgares, son la esencia de toda poesía y son el germen de la inmortalidad.

«Mi carta, que es feliz, pues va á buscaros...»

«Volverán las oscuras golondrinas...»

«Hoy la he visto, la he visto y me ha mirado...
¡Hoy creo en Dios!...»

¡Bellas frases poéticas, vivas siempre en la memoria de los enamorados! ¡Sois la verdadera inmortalidad!

La niña, que junto á la vidriera del balcón suspira melancólicamente, abre

de nuevo el libro que sostienen sus manos lánguidas: *La Princesa está triste...* Los árboles negrean en el jardín, bajo un cielo argentado. La niña está seria y pálida, igual que la Princesa... *¿Qué tendrá la Princesa?*

SALVADOR MARTÍNEZ CUENCA.

UN RETORNO Á ATENAS

Fuimos muchos, en este Madrid que los frívolos tiene por banal, los que anduvimos por las calles acongojados y llenos de pesadumbre aquel día en que se supo la muerte de Rubén Darío. La noticia nos llegó muy escueta, y no hubo más remedio que llenar sus lagunas con la imaginación, pues uno se resistía á considerar la muerte de Rubén como las demás muertes. Yo hablé de la "ascensión" del poeta. No supe decir otra palabra.

Nadie conocía detalles de un tránsito tan solemne, y si teníamos la íntima certeza de que su muerte podía figurar entre las "muertes sabrosas" de que nos

habla Santa Teresa con deleite, en cambio nos atormentaba el temor de que el marco no fuese digno del cuadro.

Mas llega una carta de un compatriota del poeta y á todos nos deja deslumbrados. Los mismos que reflejábamos pesadumbre el día de su muerte, parece que ahora andamos más ligeros y nos sentimos reconfortados.

—¿Has leído la carta?—nos preguntamos unos á otros. Y quisiéramos conocer á algún hijo de Nicaragua para estrecharle en nuestros brazos con la más cordial de las efusiones.

Hablo de la carta de Rafael Heliodoro Valle á Amado Nervo (1). La publicó *España* y he dudado antes de referirme á ella—aun siendo muy grandes mis deseos de hacerlo—por esperar que alguien, con más autoridad, dijera lo que yo me propongo decir.

(1)

«Belice, 18 de Febrero de 1916.

»Don Amado Nervo.—Madrid.

»Mi querido Nervo: Se nos fué para siempre

Esta carta que nos llega de Nicaragua —“sangre de Hispania fecunda”— es consuelo, lección y motivo de grande alegría para los amigos de Rubén Darío, que en España somos legión, y para España misma, que poco antes de cumplirse un siglo de la emancipación de su hija—fragante, sonora y llena, en nuestras mentes, de todos los misterios de la selva sagrada—se le muestra hija de

nuestro Rubén Darío, la noche del 8 de este mes, á las diez y quince minutos, la hora suave en que deben morir aquellos que, como él, han ejercido el armonioso ministerio de las almas. Murió en su casa natal, en León de Nicaragua, después de una operación en el hígado, que le hizo el doctor Debayle, en su sanatorio. Él, que á los ocho años presentía su gloria, tuvo la visión de su muerte, y ha muerto en santidad poética, en la tierra solar que le dió carne insigne y espíritu divino, viendo otra vez «los palacios de barro y paja» de que hablara en el retorno.

»Dos días lo han tenido en la casa mortuoria y ocho en la Universidad. Las municipalidades de Nicaragua pagarán los gastos del entierro; el Gobierno le ha hecho honores de presidente de la República, y la Iglesia le ha rendido el homenaje que concede á los Príncipes. Por la calle donde pasó, en hombros, el cadáver, la muchedumbre

Atenas, heredera de la gracia, obediente al ritmo, á la cadencia, á la armonía... es decir, fiel al “Evangelio” del divino poeta.

Los españoles nos sentiremos eternamente orgullosos de haber dado una de nuestras lenguas (que España tiene sus lenguas, así, en plural, como el Espíritu Santo), y con ella nuestra alma, y un pueblo como Nicaragua, que en plena

regó guirnaldas, y de todo el país han mandado palmas y rosas como para un Domingo de Ramos. Era justo que así lo apoteotizaran sus paisanos, pues él ha sido una de nuestras más legales glorias en el mundo y nos hizo el bien de su Poesía, que era enviada para redimirnos.

»Recemos por su descanso y su definitiva transfiguración. Ya dejó de temblar ante la que tanto temía. Ya se sentó en la sede azulada de la inmortalidad. No volverá á decir: «¡Vamos á morir, Dios mío, vamos á morir!».

»Aquí todos estamos consternados. Usted, que lo quería tanto como nosotros, se atribulará cuando sepa todo esto sobre aquél que hablaba como los poetas de hace siglos y que escribía prosas como las de los Santos.

»Adiós, Nervo. Yo siempre lo recuerdo con cariño.

»RAFAEL HELIODORO VALLE»

aurora del siglo xx ha ofrecido al mundo el más alto ejemplo de espiritualidad.

No podremos olvidarlo nunca. "Por la calle donde pasó en hombros el cadáver—dice la carta—, la muchedumbre regó guirnaldas, y de todo el país han mandado palmas y rosas, como para un Domingo de Ramos.

Y, ¿no hemos de expresarle á un pueblo así nuestra profunda admiración? Creo que España tiene el deber de hacerlo. Ahora sabemos que "bajo el nicaragüense sol de encendidos colores" florecen altas virtudes civiles. Rubén Darío era nuestro también, y al saber que nos lo han enterrado tan dignamente, debemos mostrarnos agradecidos.

Pido á mis compañeros que me ayuden. No sé si eso de dejar tarjeta en todos los Consulados de Nicaragua en España—en día y hora determinados—sería suficiente. Sospecho que no. Lo encuentro pobre; pero pobre es también mi ingenio. Confío que no han de faltar-

le adhesiones á la idea, y que entre todos haremos algo para que Nicaragua sepa que, por la gracia de su amplio y noble ademán, nos hallamos unidos á ella en Rubén Darío.

SANTIAGO VINARDELL.

RESPONSO A LA MANO CREADORA
DE RUBEN

Mano de hierro dulce, mano de blanda cera,
mano de rosa rosa, de sándalo y de vino,
¡oh, manojo divino
de flores, crisantemo de otoño en primavera!

En tu loco entusiasmo, corraste por las pistas
blancas, donde grabaste las magnas epopeyas
en columnas gigantes de gentiles aristas
y en un derramamiento prolífico de estrellas,

Domeñaste caballos, y cisnes, y leones,
y reyes, y en el cielo de tus cinco sentidos
pusiste, en vez de carne, cinco constelaciones,
y cinco blancas rosas, y cinco blandos nidos.

Y fuiste tan sonora, sensible y sensitiva,
que á la emoción hiciste llorar tan dulcemente
como si palpitase en ti una arteria viva,
y un corazón emocionado, y una frente.

Instrumental, sinfónica, con todos los registros,
tus cañas fueron cinco cuerdas de violines,
cinco trompas guerreras, cinco armoniosos sistros,
cinco claros clarines.

Oh, mano que, guardada en tu estuche de raso,
has perdido el compás, el ritmo y la armonía;
¿qué fueron de los nervios que te unían al brazo?
¿y qué fué del espíritu que al corazón te unía?

¿Cómo, cómo te has ido?
¿Cómo tu blanca luna se ocultó entre celajes?
¿Qué flecha de curare de un flechazo te ha herido
que ha hecho saltar tu sangre de entre encajes?

Pero aún vives viva entre los rasos rosa,
entre el perfume suave y las carnes de seda,
en la oculta crisálida que será mariposa,
en el pico del cisne y en los labios de Leda.

Y aunque seas un blanco esqueleto de plata,
llevarás en tus dedos tus buriles de artífice,
y prenderás con aire tu gran manto escarlata,
y brillará en los siglos tu anillo de pontífice.

ROGELIO BUENDÍA.

EL CEREBRO DE RUBEN

La información de ese caballero, que se llama nada menos que Evenol Centro Wasmar, recogida por el *Heraldo*, tal vez haya tenido la virtud de emocionar á los admiradores del glorioso poeta.

¡El cerebro de Rubén Darío, robadol
¡La masa muerta de 1.600 gramos de materia encefálica conducida como un tesoro en un maletín, á costa de un argentino que daba por ella su peso en diamantes, ó á costa de un general que quería conservarla para su pueblo y guardarla en él!

Porque, según parece, ha sido un ge-

neral, D. Andrés Murillo — digámoslo en su honor—quien apoderóse del triste despojo, para que se descompusiera bajo el cielo granadino y no en terrenos leoneses, sirviendo así á Granada, rival eterna de León, y haciendo feliz á un médico sin preocuparse de la felicidad de otro.

Ambos, el que tenía el cerebro—que tal vez creyera cuando desapareció que, convertido en un águila, había volado hacia el azul—y el que lo deseaba—que ahora lo tendrá en su laboratorio inmóvil como una meollada de cordero—, pretendían estudiar su composición maravillosa, descubrir en qué riconcillos escondía la luz, los céfiros los perfumes y las músicas de que estaban llenas sus poesías.

Y con el mismo ardor que los médicos, León y Granada, las ciudades enemigas, disputábanse el cerebro del poeta... Conmovedor, si no le diese á la ironía tan poderosas alas, sería este ho-

menaje que sus paisanos le rinden á Rubén. Se disputan un cerebro inerte que cuando palpitaba, regado por la sangre, y les envanecía, no les preocupó; se disputan la caja donde se extinguió la música, el nido de donde huyeron los pájaros, el filón que agotó la muerte.

Ahora Rubén, el vate universal, es el poeta *local* de León, el poeta *local* de Granada. Y ni Granada ni León, con sus caudales, se preocuparon de embellecerle la vida al dueño del cerebro, que sólo se preocupó de crear belleza.

Pero la gente en todo el mundo es así, y al poeta cuyo cerebro se hurta como una alhaja en vez de arrojarlo á un pudridero, se le puede considerar feliz.

PARMENO.